

30/1/53

Poetas, Poemas, Poéticas

por Sebastián Salazar Bondy

Un inquieto editor ~~español~~ acaba de publicar una curiosa antología de la más reciente poesía española. El título de la obra ("Antología Consultada de la Joven Poesía Española") advierte sobre el procedimiento de que ha echado mano el antologista para llevar a cabo la selección de poetas y poemas. Una encuesta —en verdad, un sufragio entre las gentes de letras en este momento más destacadas de la península— proveyó de los diez nombres, a juicio de esas personas, más significativos de la última generación de poetas hispanos. "¿Quiénes son, en opinión suya, los diez mejores poetas vivos dados a conocer en la última década?" —se preguntó a cincuenta y tres personas, y de las respuestas resultó este singular florilegio, al que acompaña un cuadro sobre las fluctuaciones de dicha opinión. Dejando aparte la discusión sobre la procedencia o improcedencia del método empleado, la "Antología Consultada de la Joven Poesía Española" es, con todo, un muestrario bien completo del estado actual de la creación poética en España. Y, aunque su lectura no nos deje una buena impresión, es justo reconocer que el editor —cuyo nombre propio, a pesar de la amplia justificación previa con que abre el volumen, no aparece— ha animado una poco común empresa por la difusión de la obra de los nuevos poetas de su patria. Los autores, además, han completado su muestra personal con unas breves páginas sobre su concepto de la poesía —el "modo de concebirla y realizarla", según dice el prologuista—, ideas y principios que, por más vagos e imprecisos que algunos de ellos nos resulten, sirven de cómoda introducción en el mundo particular de cada cual, y contribuyen a desentrañarlo parcialmente.

Afecta a la mayoría de las composiciones reunidas en el libro algo que, como una apremiante carga, hace años que pesa sobre la poesía española: la tradición. Tradición que, por otra parte, es antes formal que esencial, y reside casi únicamente en lo externo de la obra, en su vestidura digamos literaria, sin alcanzar a la nuez viva de la emoción y el sentimiento que la debe determinar. Constreñidos por esta servidumbre, de la cual ni los más audaces pueden liberarse totalmente, los poetas españoles más jóvenes no logran hallar un camino nuevo, fresco y aireado, para dirigir por ese cauce sus afanes.

La verdad es que en el fondo del fondo está la forma, y que el sometimiento a la tradición en dichos escritores es consecuencia de cierta evidente carencia de móviles profundos para su poetizar. Porque un poema es, por sobre todo, una manera —la mejor manera, quizá— de expresar vivencias superlativas sobre el mundo y la vida. Las declaraciones que acompañan a los versos son testimonios de esta falta de razones fundamentales de creación de que padecen los diez poetas seleccionados, los más representativos, es lógico suponer, de su promoción. En general, cuando no recaen en tópicos consabidos, sus ideas sobre la poesía se debaten en una suerte de flagrante contradicción con la obra que realizan. Y no falta quien afirma ingenuamente que "Lo único cierto es que para hacer poesía se precisa disponer de un repertorio de ideas claras y no tener mal corazón" (Victoriano Cremer), con lo cual el arte ~~pasa a~~ ser una moneda de curso bastante vulgar, y no es uno solo el que pide un retorno a los viejos modelos (Blas de Otero), dentro de una especie de neo-clasicismo terapéutico de muy dudosa eficacia. Como de los poemas, de las poéticas no es posible extraer ninguna savia de cuyo fermento pueda surgir el ímpetu original que rejuvenezca y transforme, como a su turno la rejuvenecieron y transformaron los poetas de la generación

de Lorca, Alberti, Diego, Cernuda, Aleixandre o Guillén, la entonación poética castellana. Se trata, en cierto modo, de una repetición opaca de antiguos brillos, de los reflejos mates de una luz remota y excesivamente rutilante y poderosa. La habilidad técnica de algunos de estos artistas nos confirma en el criterio de que se hallan aherrojados al pasado y de que el presente —su tiempo, su espacio, su existencia— se les escapa, como un líquido, por entre los dedos.

Sin embargo, es curiosa la inclinación que muestran varios de ellos a dotar a la poesía de un carácter social (inclinación que no llega a cuajar en la obra) y a desdénar la poesía llamada pura, y la convicción que en forma notoria poseen de que el poeta, como hombre y como artista, está comprometido con su época y su comunidad. Si tales conceptos tuvieran eco en los poemas, podría esperarse el advenimiento de un nuevo espíritu para la lírica ibérica del más cercano mañana, pero ni Gabriel Celaya (que cree que la poesía es un instrumento para transformar el mundo), ni José Hierro (que tan justamente repugna de la "torre de marfil"), ni Rafael Morales (que declara que escribe para las mayorías), ni Eugenio de Nora (que piensa que el poema es expresión vital y no concepción), son en su obra otra cosa que la réplica menguada de los clásicos del idioma. En último término, remedando esos modelos, demuestran que añoran los contenidos y las formas de los mejores escritores del siglo de oro. Lo social de esta poesía es sólo una posición cuya sustancia no se resuelve en una firme y sólida verdad. Social, en cuanto que pertenece al real espíritu de un pueblo que la tiene por suya, no puede ser ninguna obra de arte que repugna como ésta de la referencia a lo cotidiano, a lo actual, viviente y existente, con suficiente fuerza lírica como para sobrevivir al tiempo que, como dice Jorge Luis Borges, "despoja los alcázares y enriquece los versos".

Es significativo que sea otro el sentido que tiene la poesía ~~española~~, por el idioma, de América. Arraigada en la dura experiencia que es vivir en este Continente ahito de interrogantes dramáticos, los contemporáneos americanos de esos poetas españoles han abandonado la perniciosa certidumbre —gracias a la ejemplar enseñanza de Vallejo y Neruda principalmente, vislumbrada por el genio de Darío— de que nos hallamos inevitablemente uncidos al carro de la tradición poética de los creadores de la lengua.

A través de la brecha abierta por aquellos pasan los más jóvenes poetas de este Continente, desde México hasta la Argentina, procurando de que en sus palabras resuene como una áspera y primitiva melodía, el latido del corazón misterioso, enigmático, del hombre de estas latitudes, cuya vida es una esperanzada y novísima aventura humana. Hemos aprendido que, como decía Samuel Butler, para que un arte resucite es necesario que vuelva a la infancia y se exprese trémula y temerosamente. Eugenio de Nora, uno de los poetas que figuran en esta "Antología Consultada de la Joven Poesía Española", ha puesto ante sus poemas una declaración que bien vale para todos sus compañeros, y que devela dolorosamente el problema que lo oprime y que aquí hemos querido exponer: "Nos educamos y vivimos —dice con amargura— en una cultura lánguida, apocada, medio muerta de desnutrición y asfixia. Para salir de este ambiente haría falta ser un bárbaro; yo no lo he sido lo suficiente. Nuestros maestros, los míos, han sido "poetas puros", versificadores de cuarto cerrado, de temas "asépticos" y de inmensa minoría. Poetas personalmente anacrónicos y socialmente nulos que no encarnan ni representan a nadie".

en ningún lugar — para

la intuición,

que

resulta